

11 de septiembre de 1973 a 2.000 km de Santiago: "Esperando las órdenes del gobierno constitucional"

Angel Tamayo P. (Chile)

La mañana del 11 de septiembre, el ingresar a la Zona Industrial de la ciudad, se veían patrullas militares en todos los cruces importantes de calles. Pensé que se trataba de un nuevo allanamiento del ejército buscando armas, como venían haciéndolo desde hace ya semanas en diferentes ciudades del país. Llegué a la oficina, y al ingresar a la empresa, me pareció que todo el mundo me miraba de un modo extraño. Entré a la que era mi oficina y revisé mi vestimenta de arriba abajo, para ver si había alguna explicación a la conducta de la gente hacia mi persona. Me acerqué a la secretaria que me había 'puesto' mi partido - supuestamente por ser una persona de confianza- la saludo y le pregunto:

¿Qué tengo de raro, que siento que la gente me mira de forma extraña?

- Nada compañero, me responde, usted no tiene nada extraño. Pero, ¿ha escuchado las noticias?

-¿Qué noticias? le digo yo. No, hoy no he escuchado nada. ¿Ocurre algo?

Me mira a los ojos extrañada y dice asustada:

-"La radio informa de que hay un golpe de estado contra el compañero presidente".

Eran recién pasadas la 8 de la mañana.



Ilustración 1. Aviso insertado por la empresa IESA en un diario local el 4 de septiembre de 1973, día del tercer aniversario del triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970

Mil imágenes pasaron por mi cabeza en ese instante. Me quedé pensando unos segundos y luego le pedí:

“Vaya por favor y avíseles a los dirigentes sindicales que vengan acá, a mi oficina, de inmediato”.

Sabía que la directiva sindical estaba compuesta por militantes de diferentes partidos, todos de izquierda. Reunirlos y conversar con ellos me pareció indispensable, en momentos que parecía que había llegado lo que habíamos estado temiendo. Era indispensable actuar unidos, buscando presentar un solo frente a los golpistas, devolviendo el golpe con toda la fuerza que lográramos movilizar.

Reunidos a la mesa, pude ver que la información que logramos reunir, nos dejaba en la misma ignorancia en que estábamos antes de reunirnos. A 2.000 km de Santiago, nadie sabía nada más que lo que repetía la radio local, lo que se basaba en repetir generalidades que ya sabíamos.

En el local en que funcionaba nuestro partido, el MAPU OC, ni siquiera había teléfono y los miembros de la dirección política tampoco tenían teléfono, pues la mayoría eran estudiantes, o recién habían dejado de serlo, u obreros.

Con la Dirección Sindical acordamos seguir atentos a las noticias que nos llegaban vía radio y atenernos a las orientaciones que se habían dado ya meses antes y que se repetían continuamente: En caso de golpe de estado o intento de golpe, cada uno debía permanecer en su lugar de trabajo, lugar de estudio o en su barrio y esperar las órdenes que vendrían desde el gobierno y las direcciones centrales de los partidos. En ese minuto no sabíamos que lo primero que hicieron los golpistas fue tomar el control de las centrales telefónicas y bombardear las antenas de las radioemisoras que pertenecían a organizaciones de izquierda o eran progobierno de la UP.

De esa forma aislaron la cabeza política del movimiento popular, dejándolo totalmente desarticulado. Pusieron fuera de funcionamiento el *“sistema nervioso del movimiento popular”*, dejándolo sin posibilidad de recibir órdenes de su cabeza, del gobierno, de las direcciones de sus partidos políticos. Millones de hombres y mujeres dispuestos a defender lo que ellos sentían como *“su gobierno”*, el proceso social que vivía el país, quedaron totalmente aislados, esperando inútilmente las órdenes y los medios que se necesitaban para coordinar las fuerzas y enfrentarse a los golpistas. Por la historia de masacres de nuestro país, sabíamos que llegaría el día que la reacción y sus aliados atacarían, pero a nuestras consultas acerca de los medios con que contaríamos para ese día, nuestras direcciones superiores siempre nos daban, más o menos, la misma respuesta:

“Tranquilo compañero, llegado el momento tendrán lo necesario. Haga hoy lo que tiene que hacer. Cumpla con su deber”

Pasadas las 09:00 de la mañana, el representante de los dueños de la empresa, en ese momento y Gerente Técnico de la misma, el Señor Cossaglio, me pregunta que voy a hacer y yo le digo que para mí, como Interventor, hay un solo gobierno constitucional y yo soy su representante en la empresa y que voy a esperar sus órdenes.

“Pero Angel, me dice, todo indica que el gobierno fue derrocado. Y de ser así, tu gobierno ya no existe”.

Y yo le repito que esperare órdenes, mientras tanto, la empresa seguirá produciendo y nosotros, en conjunto con el sindicato, velaremos porque la disciplina al interior de la empresa se respete.

A continuación, organicé una Asamblea de todos los empleados y trabajadores, con la sola excepción de aquellos que debían mantenerse operando las maquinarias.

La primera Asamblea de Trabajadores el 11 de septiembre 09:30 horas

Ver esa cantidad de gente frente mío, con caras que delataban la enorme preocupación que vivían, el temor ante lo desconocido que se nos venía encima y sus ojos pidiendo palabras de esperanza, para aferrarse a ellas, cual náufragos en medio del océano, me impactaron. No pude evitar, en esos segundos, ver imágenes que como una ráfaga pasaron por mis ojos, recordar las mismas caras, los mismos cuerpos, los mismos ojos, en las asambleas de capacitación Laboral que habíamos estado realizando cada sábado en el local de la Central Única de Trabajadores (CUT), a las que, a pesar de ser voluntarias, asistían casi todos, algunos asistían incluso trayendo sus hijos.

En esas asambleas se daban charlas con nociones de administración de empresa, organización de la producción, cálculos de costos, en fin, tratábamos de entregarles conocimientos para que pudieran entender la importancia de participar y exigir participación a cada trabajador, en cada actividad de la empresa, para elevar la producción y la productividad. En cada asamblea yo daba una charla explicando lo que era o lo que debería ser la democracia en el día a día del funcionamiento de una empresa en manos de los trabajadores.

Les contaba de la historia de las ideas del socialismo, de la larga lucha y sueño por poner fin a la explotación del hombre por el hombre. Las caras y los ojos de esas obreras y obreros, llenos de optimismo, brillando con esperanzas, nunca los voy a olvidar. El ansia por aprender de aquellos que comenzaron a entender lo que debían dominar para gobernar, crecía día a día.

Uno de los resultados de esas actividades que me impactó, fue la unanimidad que hubo en asamblea sindical, para aceptar que los candidatos al Comité de Administración de la Producción de la empresa, debían ser compañeras o compañeros que aprobaran un curso de Administración de Empresa, pues sin conocimientos mal podrían representar los intereses de los trabajadores. Ellos, entretanto, ya habían aprendido a tener confianza en mis propuestas y sabían que el curso sería dado en forma y lenguaje que sería entendible para cualquier trabajador.

Pero ahora, 11 de septiembre, tenía frente mío a mujeres y hombres, todos mayores que yo, con rostros serios, preocupados, pero no atemorizados. En una breve intervención les expuse la poca información que teníamos y la decisión del Interventor y los Sindicatos de permanecer en la empresa, de mantener la producción y de hacer todo lo necesario por mantener el orden. Advertí que cualquier intento de sabotaje sería impedido con toda

nuestra energía y dado que, según informaba la radio, habría *“toque de queda”* a partir de las 15:00 horas, ofrecí a quienes quisieran retirarse ya, que lo podían hacer sin ninguna dificultad. Nadie pidió retirarse. Luego pregunté quien estaría dispuesto a quedarse en un turno de trabajo que comenzaría antes de las 15:00 horas y se extendería hasta las 07:00 horas del día siguiente, hora en que se permitiría volver a los lugares de trabajo. Es probable que alguien no haya alzado la mano, pero lo que vi, me impresionó: casi todos se declaraban dispuestos a quedarse trabajando. Agradecí la disposición y les pedí que volvieran a sus puestos de trabajo.

Como lo explique anteriormente, las máquinas inyectoras de plástico no pueden ser paralizadas todos los días, para volver a reiniciar la producción al día siguiente. Cada parada supone desarmar una gran cantidad de piezas, y hacerles una minuciosa limpieza, para extraer los restos de plástico endurecido, entre otras tareas, por esa razón, las inyectoras trabajaban las 24 horas del día, de lunes a domingo, parando solamente para cambiar molde o para una mantención profunda.

Por esta razón los cambios de matriz tenían que ser rigurosamente planificados. Había una matriz – la de las carcasas de los televisores *“Westinghouse”* que llegaba en avión. Desde EE.UU. a Arica, en una fecha antes fijada y la matriz tenía que estar nuevamente limpia y embalada en la fecha que nos indicaban.

Luego de la Asamblea nos reunimos con las directivas de los sindicatos y elaboramos la lista de nombres de quienes se quedarían a trabajar esa noche, prefiriendo a aquellos que eran militantes de partidos y que ofrecían mejores condiciones físicas para asumir tareas de resistencia, si se llegaban a dar las condiciones para iniciarla.

Muchos de ellos eran nietos o hijos de padres que habían nacido y trabajado en las pampas salitreras, por lo tanto, el ánimo y la moral eran muy altos. Conociendo la historia de sus abuelos y bisabuelos, estaban dispuestos a defender *“su gobierno”*.

Pasaban las horas y no nos llegaba ninguna noticia por algún canal de confianza. Supimos que los golpistas habían dado un ultimátum al gobierno, pero que este se negaba a rendirse. Basados en la experiencia acumulada el día del *“Tancazo”*, el 29 de junio de 1973, pensábamos que tenía que haber una fracción de las fuerzas armadas, leales al gobierno. Y eso alentaba nuestras esperanzas de la organización de una resistencia a los golpistas. Pero pasaban los minutos y no llegaba la información que deseábamos escuchar.

Pasadas las 10 de la mañana, la radio local comienza a informar que tanques del ejército están disparando contra el edificio de La Moneda, desde el cual se les ofrece resistencia.

Por mi cabeza pasaban imágenes, se presentaban preguntas, se me ocurrían ideas. Mi cerebro era una máquina en ebullición. En algún momento de esa mañana recibí un llamado telefónico de un joven militante del partido, que me dijo que había sido encargado para ayudarme a salir de la zona industrial, donde se encontraba IESA, la empresa en la cual yo cumplía el rol de interventor. Le pregunté que había pensado hacer para cumplir esa tarea. Su respuesta me dejó perplejo: *“reunámonos en la esquina de Gonzalo Cerda con la Panamericana”*. En esa esquina funcionaba entonces el *“Instituto Nacional de Capacitación”*,

INACAP y al frente estaba la Central Eléctrica de Endesa. Durante el gobierno de la Unidad Popular, INACAP fue fortalecido por la enorme necesidad que tenía el país de elevar el nivel técnico de nuestra clase trabajadora y como todas esas actividades de formación profesional eran consideradas como “sospechosas”, “peligrosas”, para la derecha, seguramente sus instalaciones ya habían sido ocupadas por el ejército. Y la Central Eléctrica era evidente que había sido uno de los primeros objetivos a ocupar por el ejército.

Indignado por la improvisación y la falta de lógica en los pasos que me proponían, le hice ver lo absurdo de la propuesta y que, además, yo no pensaba abandonar mi responsabilidad al frente de la empresa, frente a los trabajadores.

Y así fueron pasando las horas, en medio de rumores, noticias no confirmadas, respondiendo consultas y también trabajando como si nada estuviera ocurriendo. No sé de dónde saqué esa costumbre de ignorar todo y seguir trabajando como si nada pasara. Ella, esa costumbre me ha seguido acompañando toda la vida y me ha ayudado a mantener la calma, a pensar de modo más calmado, a buscar salidas en momentos en que todo se ve negro y sin salida.

La empresa tenía su propia cocina y diariamente se preparaba almuerzo para el personal. Esa no era una particularidad de nuestra empresa. No sé si era obligatorio que las empresas tuvieran su propio comedor, pero no recuerdo haber visto trabajadores comiendo en la calle o en parques, como vi a mi regreso a Chile, incluso en calles y parques de Providencia, Santiago, Las Condes. El personal de cocina me había consultado por la mañana si debían preparar almuerzo para el personal como todos los días. Y mi respuesta fue que la empresa seguiría trabajando normalmente. De esa forma, a las 12:00 del día comenzó a almorzar el primer turno.

Pasado el mediodía, Cossaglio me preguntó que pensaba hacer, si había cambiado de idea. Le volví a repetir que mi decisión era esperar ordenes desde Santiago y que mientras eso no ocurriera, la empresa seguiría produciendo normalmente y bajo mi autoridad.

“Bueno”, me dice, “pero entonces tenemos que preparar el plan de trabajo para la tarde y la noche, pues la gente, como tú mismo dijiste, podrá irse a su casa a las 14:00, pues a partir de las 15:00 impera “Toque de queda”, es decir, no puede haber nadie en la calle”.

Mi respuesta fue *“de acuerdo, preparemos entonces el plan”.*

Y nos pusimos a trabajar en la definición de las cargas de cada máquina, definición del abastecimiento de materia prima y del operador para cada máquina. Con la dirección del Sindicato ya habíamos confeccionado la lista de personas que se quedarían a trabajar por la tarde-noche, seleccionando a aquellos trabajadores que más confianza nos daban y que tenían la formación técnica y la experiencia para operar las máquinas que estaban funcionando de acuerdo al Plan de Producción. Hablo de turno tarde-noche pues normalmente, el turno que comenzaba a las 14 horas, era relevado por el turno de amanecida, de 22:00 horas hasta las 06:00, pero debido al Toque de Queda, no podía haber cambio de turno a las 22:00 horas, obligando al turno que comenzaba a las 14:00 a seguir trabajando hasta las 07:00 u 08:00 de la mañana, hora en que podría llegar la gente después de finalizado el Toque de Queda.

Cossaglio me quedó mirando de forma extraña cuando pasamos a definir la persona que operaría cada máquina en ese turno de la tarde-noche y vio que la lista estaba preparada.

“¿Y esa gente va aguantar un turno de 18 horas?”.

La pregunta me sorprendió, pues si bien habíamos armado la lista conscientes de lo prolongado de la jornada, nadie se preguntó si estaba bien o mal, sentíamos que esa empresa era en parte nuestra y había que cuidarla. Mi respuesta a la pregunta de Cossaglio salió sin pensar:

“Don Pedro, esta empresa es de ustedes y de nosotros. La vamos a cuidar y vamos a salir adelante de esto”.

“Angel -me dijo Cossaglio, agarrando mi brazo-, si tienen problemas, me llamas por teléfono. Por lo que veo, están funcionando, hace poco rato hablé con mi mujer”

La radio local repetía ahora cada cierto rato, el Primer Bando Militar de la Junta de Gobierno Militar, que había sido transmitido a las 08:35 horas

Teniendo presente que: 1.- La gravísima crisis social y moral por la que atraviesa el país; 2.- La incapacidad del Gobierno para controlar el caos; 3.- El constante incremento de grupos paramilitares entrenados por los partidos de la Unidad Popular que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil, las Fuerzas Armadas y Carabineros deciden:

1.- El Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile.

2.- Las FF.AA. y Carabineros están unidos para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la Patria y evitar que nuestro país siga bajo el yugo marxista; y la restauración del orden y la institucionalidad;

3.- Los trabajadores de Chile pueden tener la seguridad de que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental;

4.- La prensa, radios difusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre;

5.- El pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes.

Firmado: Augusto Pinochet Ugarte, Comandante en Jefe del Ejército; José Toribio Merino, Comandante en Jefe de la Armada Nacional; Gustavo Leigh, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, y; César Mendoza Durán, Director General de Carabineros.

Junta Militar de Gobierno; Santiago, 11 de septiembre de 1973.

A las 14:00 horas, salió todo el personal que no quedaría trabajando. Me acerqué al portón de la empresa a despedirme del personal y desde allí pude ver el intenso tráfico de vehículos militares, con ametralladoras instaladas y servidor agarrados a ellas. Recién tuve una imagen de lo que se estaba viviendo en el barrio industrial de nuestra ciudad. No pude dejar de pensar cómo sería en el resto del país. ¿Quizás se combatía? ¿Quizás el Presidente Allende resistía apoyado por unidades militares leales a la constitución?

Antes de que saliera el personal con rumbo a sus domicilios, nos reunimos con varias personas que nos daban confianza por su actitud como trabajadores y por su militancia política y les asignamos tareas concretas: tratar de tomar contacto con dirigentes de la dirección local de la Unidad Popular en la ciudad; con dirigentes de las Direcciones Regionales de los partidos de la Unidad Popular; con dirigentes de la Central Única de Trabajadores, máxima organización sindical del país en aquel entonces. Necesitábamos encontrar un canal de comunicación adecuado para recibir información que nos permitiera saber que estaba pasando en el país.

A 2.000 km de Santiago, a 200 km de la ciudad chilena más cercana, con una única carretera hacia el interior del país, la que atraviesa varias profundas quebradas con laderas cubiertas de arena, Arica es como una isla en un océano de arena y quebradas, razón por la cual resulta muy fácil separarla del resto del país, controlando totalmente el tráfico que entra o sale de la ciudad. Para ello basta una patrulla militar con un vehículo.

Una vez que la mayoría del personal abandono las instalaciones de la empresa, se fue haciendo el silencio no sólo en nuestras oficinas, sino en toda la zona industrial, pues a partir de las 15:00 sólo transitaban vehículos militares por las calles de la ciudad. Solo se escuchaba el ruido de las máquinas funcionando. Ya no había ninguna posibilidad de distraer la mente, la que lógicamente procesaba una y otra vez los detalles de las noticias recibidas, entre los cuales trataba, inconscientemente, de encontrar algo que nos permitiera abrigar optimismo.

Y así fue llegando la noche. Y con ella, en medio del silencio, se desataron las preguntas, las inquietudes, la necesidad inmensa de saber que estaba ocurriendo en otras ciudades.

No podía evitar entender que ocurriera esto y que nosotros no pudiéramos hacer nada. La mirada de los trabajadores, cuando me cruzaba con ellos, me dolía terriblemente, me dolía por simple y sencilla razón de no saber que decirles, de no poder presentarles alternativas, por locas o arriesgadas que estas pudieran ser. No pude evitar recordar aquella pregunta que mi hizo mi padre cuando regresé a casa, luego de estar detenido 2 días por carabineros durante un “Paro Nacional” de la CUT contra los “Chiribonos” del gobierno de Eduardo Frei Montalva [1]:

“¿Sabes lo que haces? Si sabes, entonces sigue, sino quédate en la casa”.

Sentía la responsabilidad que pesaba sobre mis hombros: no traicionar la confianza de esos trabajadores en todo lo que representaba el cargo que yo detentaba, el de Interventor, es decir, representante suyo en la administración de la empresa que ellos se habían tomado, que ellos habían ocupado para asegurar que se siguiera produciendo cuando los patrones

trataron de derribar el Gobierno de los Trabajadores, por medio de un Paro de Producción en octubre de 1972.

Me dolía su mirada, porque yo era su jefe y esperaban que yo supiera los pasos que había que dar, para salir victoriosos de la situación que vivíamos. Y yo, no tenía idea de lo que estaba ocurriendo, ni tampoco veía posibilidades reales de acceder a información que nos permitiera participar activamente, de alguna forma, en la lucha que quizás se estaba dando a lo largo del país.

En algún momento de la noche, busqué un rincón en una bodega, desarmé unas cajas de cartón y las ordené en el suelo y me tendí con la esperanza de poder dormir algo. Pero el sueño no llegó, no sólo porque el suelo era duro, sino porque mi cabeza no paraba de trabajar, mezclando recuerdos y necesidades del momento, recordando detalles que me habían llenado de alegría y situaciones que me ponían contra la pared.

En Arica, ciudad fronteriza con Perú, tenía asiento una única unidad militar: el Regimiento Rancagua y este, por razones que conoceríamos mucho tiempo después, mostró el día 11 una conducta más bien prudente. No hubo acciones violentas contra la población y durante las horas del toque de queda, reinó un silencio casi total.

No sé de dónde y cómo apareció una pequeña radio a baterías. Pedí que me la pasaran y sabiendo que las radios chilenas nos iban a entregar solo noticias impuestas por los golpistas, comencé a buscar emisoras en onda larga, sabiendo que emisoras argentinas se podían escuchar bastante bien en ese rango de frecuencias. Las noticias, los comentarios que podía escuchar eran a menudo contradictorios, pero el que más me impactó, ya no recuerdo en que frecuencia y en que emisora, fue aquel que hablaba sobre una columna de militares leales al gobierno que avanzaba desde la zona del carbón y Concepción hacia Santiago, al mando del General Prats.

Como naufrago en medio de la noche, en la mitad del océano, yo y mis compañeros nos agarramos de esa noticia, mezclando deseos y realidad -la que desconocíamos- sintiendo que se acercaba nuestra victoria. Sentíamos y estábamos seguros de que, contando con una fracción del ejército regular, los miles y miles de hombres y mujeres que estábamos dispuestos a defender nuestros ideales, éramos invencibles.

Recién años más tarde me enteraría que unidades navales de la Armada de los Estados Unidos, que había venido a participar en los ejercicios navales UNITAS que se realizan anualmente en conjunto con otras armadas latinoamericanas, se encontraba navegando en el océano Pacífico, cerca de la costa chilena. También supe de la participación directa de Brasil en la preparación del golpe y en los primeros meses de represión post golpe.

Poco después de las 7 de la mañana comenzaron a llegar, desde sus casas, trabajadores de nuestra empresa. Y con ellos llegaron nuestros “*mensajeros*”. Bueno no llegaron todos. Dos fueron detenidos. El balance de la información que pudimos hacer luego de conversar con ellos, no pudo ser más desalentador: Todos los locales de partidos políticos habían sido descerrajados y allanados. No pudo ser ubicado ningún dirigente de partido político; los que

no habían sido detenidos, habían pasado a la clandestinidad. El local de la CUT, Central Única de Trabajadores, había sido allanado y parte de su mobiliario destruido.

Cuando llegó Cossaglio vino a mi oficina, tomó asiento, me quedó mirando y volvió a formular su pregunta:

-“Angel, ¿qué vas a hacer?”.

Y yo, no sé si por el cansancio, por el desánimo de las noticias recibidas, en un intento de no parecer vencido, le volví a responder:

-“Voy a esperar órdenes”,

Cossaglio, que era mi profesor de “Mando automático” en la universidad, donde estudiaba Ingeniería Mecánica”, y era mi contraparte en la administración de su empresa, ahora en manos de los trabajadores, me quedó mirando fijamente y con una cara que no mostraba alegría por “el triunfo” que habían obtenido los opositores a nuestro gobierno, ni menos prepotencia, me dijo:

-“Angel, Allende está muerto. Se acabó el gobierno de la Unidad Popular y la Moneda fue bombardeada por la aviación. Ahora el país está bajo el mano de una Junta Militar de Gobierno. Mira, me dijo, mi padre luchó contra el fascismo en Italia y cuando acabo la guerra, se vino con todos nosotros a Argentina. Yo era niño. Lo que ha ocurrido en Chile, no es solución para los problemas que tenemos. Tú sabes que tenemos diferencia de opiniones en un montón de cosas, pero lo que ha ocurrido, no es solución. Aunque no me creas, he pensado toda la noche en tu caso. Me he acordado de mi viejo, que soñaba con un mundo mejor. De acuerdo a los Bandos Militares, las autoridades de gobierno y los Interventores tienen que presentarse a la autoridad militar más cercana. Me ofrezco para acompañarte al Regimiento, donde yo daré mi apoyo a tu persona, pues no tenemos nada contra ti. Desde que tú asumiste el cargo, ha mejorado la disciplina y la productividad. Los conflictos entre la gerencia y el sindicato, que se arrastraban desde hace tiempo, se han solucionado conversando, negociando. ¿Te parece bien? ¿Quieres que te acompañe?”

-“Don Pedro, muchas gracias por su disposición a ayudarme, pero he aprendido de la historia de nuestro país, de nuestros obreros, que en los militares no se puede confiar. Déjeme pensar antes de tomar una decisión sobre qué es lo que puedo y lo que voy a hacer”.

Salió Cossaglio de mi oficina y entró Pedro Olivares, un pequeño empresario de la construcción, al cual habíamos contratado para que construyera la Sala Cuna y el Jardín infantil para los niños de las madres que trabajaban en nuestra empresa, lo cual era un sueño que se estaba cumpliendo para un grupo de nuestras trabajadoras-madres.

“Don Angel”, me dice Pedro Olivares, con una cara que denotaba urgencia, apuro, preocupación,

-“¿Le puedo preguntar qué va a hacer”?.

-¿Cómo es eso de que, “qué voy a hacer”?

-Bueno, usted no puede seguir aquí. La mayoría de los interventores fueron detenidos ayer y otros se presentaron voluntariamente. Si Usted no ha sido detenido, es por pura casualidad. Usted tiene que salir antes de que vengan a detenerlo, o ¿quiere ir preso?

Lo directo del contenido de sus palabras me golpeó, pero yo ya tenía claro que era verdad, sólo que en la impotencia de mi situación no me lo había planteado, quizás inconscientemente, seguía testarudamente pegado a la problemática del grupo, para no ver la realidad personal.

Lo que había oído de Cossaglio, se sumaba a lo que me planteaba Pedro Olivares y me hicieron sentir solo; sentir como si me hubieran dejado desnudo, abandonado, desprotegido. Hasta ese momento, yo vivía en una cultura que me hacía sentir fuertemente acompañado, protegido, de tal modo que cuando asumía responsabilidades, tareas, en una organización, en un grupo humano, de modo honesto, se olvidaba del “yo” y el éxito en los resultados era un éxito de “nosotros”^[2] y con ello se iba fortaleciendo la seguridad en uno mismo, y pasaba a vivir el “nosotros”. Sentíamos que así se iba debilitando el miedo a fallar, a cometer errores, pues uno no estaba solo. Y así, los resultados obtenidos en el trabajo en la dirección de la empresa, en el desarrollo de las relaciones con los trabajadores, con los dueños de la empresa, habían sido para mí el resultado del trabajo conjunto, del equipo, de la organización, del partido, con los sindicatos,

Pero ahora estaba claro, era evidente, que tenía que abandonar la empresa a la cual me había enviado el gobierno. Era claro que no podía evitarlo. Era la derrota. No la “mía”, sino la “nuestra”. Y sabía que no podía ir al domicilio en el cual había estado viviendo hasta ese día, porque este ya había sido allanado por una unidad militar. ¿Qué hacer?

Mi silencio le demostró a Olivares el estado en que me encontraba y que yo, realmente, no sabía qué hacer. Y me dice:

-Yo le ofrezco sacarlo de la Zona Industrial y llevarlo a un lugar seguro.

Ante esa oferta, no pude sino reaccionar con desconfianza y le pregunto:

-¿Y por qué razón está usted dispuesto a ayudarme?

-Por qué tengo un hermano que debe estar en una situación en la que también quizás necesita ayuda. Y yo quisiera que él encontrara a alguien dispuesto a ayudarlo, tal como yo quiero ayudarlo a usted.

Nos quedamos algunos segundos mirándonos a los ojos. Fue uno de esos momentos en que uno necesita saber a quién tiene en realidad al frente y sabe que no hay tiempo para divagar, pero al mismo tiempo sabe que una falsa decisión puede significar un problema mayor.

-Gracias por su disposición a ayudarme. ¿Cómo hacemos?

- Enseguida le traigo ropa adecuada, para que parezca un obrero de la construcción. Lo voy sacar de la ciudad, hacia el Valle de Azapa. Allí tengo una parcela a mi cuidado y llevo y

traigo materiales de construcción. Allá hay unas cabañas vacías donde se puede alojar en una de ellas, hasta que encuentre otra solución.

Salió de mi oficina y volvió a los pocos minutos con par de zapatos viejos, pantalón, camisa, ambos algo sucios y con restos de pintura.

Rápidamente cambié mi vestuario de “gerente de empresa” por la indumentaria de un obrero de la construcción y salí al estacionamiento de la empresa, donde estaba estacionado un camión con diversos materiales y herramientas. Me subí rápidamente a la plataforma de carga y me senté sobre un montón de ladrillos. Un joven obrero que ya estaba arriba, me dijo:

-Jefe, meta las manos en ese montón de arena y páseselas por la cara, revuelva un poco el pelo y póngase este casco de seguridad, así, si nos para una patrulla, no llama la atención.

El chofer hizo andar el motor del camión y salimos del estacionamiento. Saliendo por el portón a la calle, volteé la cabeza y miré por última vez los galpones de la empresa.

Era el día 12 de septiembre de 1973, aproximadamente las 11:30 de la mañana.

Angel Tamayo

¹ El ciclo de huelgas salariales comenzado en marzo de 1965 con el desafío al ajuste salarial propuesto por el Gobierno terminó a fines de 1967 con la derrota del plan de ahorro forzoso, mediante bonos, propuesto por el gobierno demócrata cristiano, y que fue bautizado por los trabajadores conocido como el Plan de los ‘chiribonos’, aludiendo a que los bonos no tenían respaldo, es decir serían cheques sin fondo, los que en Chile eran conocidos como “chirimoyos”

² En aquellos años, en la izquierda, no hablábamos en primera persona, no porque tuviéramos prohibido hablar o pensar como “Yo”, sino porque sentíamos que habíamos crecido como parte, como uno más, de una organización, de una fuerza política de larga historia, en la cual no éramos más que un nuevo eslabón. Nos sentíamos parte de una larga lucha que venía desde el fondo la historia, de lo cual nos sentíamos y yo me sigo sintiendo orgulloso y obligado a no olvidar a aquellos que nos heredaron esta hermosa y digna lucha por una sociedad más humana, más justa, más digna. Hoy, la mayoría, empujada por la cultura que impera, piensa “primero yo, segundo yo y tercero yo”